

Por el amor al hogar

La cuerda del arco permanecía tensa. Los dedos, afianzados con la fuerza y destreza de quien manejaba tal instrumento con soltura, dispuestos a soltar su carga cuando así fuera necesario. La flecha, afilada, emponzoñada con el terrible veneno de la serpiente arenosa, aguardaba, preparada para encontrar su destino y llevar la muerte a quien su amo la destinara.

Aquel hombre estaba de espaldas y era un blanco perfecto desde esa distancia. No podía fallar, no era sino un cadáver que pronto adornaría la dura tierra de Khand con sus huesos. Pero, por alguna razón desconocida, la flecha no había partido y permanecía expectante, con una tensión inesperada, a la espera de ser liberada y traspasar el corto espacio para hundirse en la blanda carne y cumplir con su cometido.

Urgul sentía curiosidad. Una imperiosa curiosidad sobre ese hombre que parecía ajeno al final de su vida. Un montaraz, a juzgar por sus ropas y modos. Un extranjero, pisando la misma tierra que las gentes de su pueblo defendían con tesón. Un enemigo, que merecía exterminarse sin piedad.

La entereza de aquel individuo le había desconcertado. Sin duda debía conocer su presencia, los montaraces tenían fama por sus peculiares facultades. Sin embargo, lo había ignorado. Ni siquiera molestó en volverse para enfrentar a su adversario. Permanecía en la grata contemplación del fuego, de la hoguera donde cocinaba su comida, sin ningún movimiento aparente, sin dar muestras de importarle siquiera que el acechante lo tuviera a su merced.

Incluso un variag de la horda Cuchilla Serrada tenía un código que respetar con oponentes tan templados. No podía matarle por la espalda, sino de cara, frente a frente, viéndose los ojos como respeto a su valentía.

Se acercó un poco más, con cuidado, en el silencio que había aprendido de las férreas lecciones recibidas desde su infancia, sin perder la tensión de su arco ni el objetivo que perseguía. Aquel hombre merecía una oportunidad. Un adversario digno para que su gesta pudiera ser recordada.

—Vuélvete. Sin movimientos extraños —dijo Urgul en la lengua común con voz calmada. El montaraz se levantó con sosiego. Era alto y los cabellos oscuros, de media melena, no permitían ver sus rasgos.

¿Por qué sentía ese desasosiego? No era sino un mortal como otros, como muchos que enfrentó a lo largo de su vida, entre su propio pueblo, territorios circundantes y sus seculares enemigos, los gondorianos. ¿Era un sentimiento nuevo, o no lo era? Hace tiempo tuvo una sensación parecida, un recuerdo que se perdía en el transcurso de su vida, pero permanecía allí, tan agazapado y oculto que era difícil reconocerlo.

—Te he dicho que te vuelvas —insistió dotando a su voz de una amenaza inminente.

El montaraz obedeció. Y fue entonces cuando Urgul pudo recordar la razón de su temor. El temple, su rostro y unos ojos serenos. Era él.

La mayor de sus inquietudes.

Tiempo atrás.

El hombre permaneció en cucullas, vigilante del movimiento de aquel trío atravesando la zona que pertenecía a su tribu. Según las viejas leyes, si se detuvieran sobre sus caballos y quedaran quietos, era una declaración de que aquella tierra entraba en disputa; si pusieran el pie en el suelo y mostraran sus hierros, su intención sería combatir para resolver una querrela que exigía el precio de la sangre; si plantaran tiendas, dispondrían de dos días para abastecerse de forraje, luego, si persistían en quedarse y no eran obligados en otros dos días a irse, ese paraje sería su hogar el tiempo que mantuvieran sus tiendas desplegadas.

El hogar era muy importante en su cultura. A pesar de cuanto habían vivido y por cuanto lucharon, esa palabra constituía algo entrañable. La mayor dicha a la que podían aspirar. Algo por lo que merecía la pena morir.

Los variags eran un pueblo de arraigadas costumbres. Adoraban las planicies esteparias, las duras condiciones de vida que los curtían y temían a poderes lejanos. El Oscuro y sus sirvientes, con algunos seres terribles que empequeñecían a los más grandes guerreros de las tierras de Khand, capaces de destruir a la más dispuesta horda.

Pero estos intrusos no eran el señor pavoroso, ni sus servidores. Ni siquiera eran de Khand. Se trataban de montaraces, de gentes del norte que no estaban bajo ninguna de las antiguas leyes, tan solo invasores y como tales deberían tratarse, no siendo este el caso. Habían solicitado una tregua y les había sido concedida, encontrándose bajo la protección del parlamento. Montaraces y variags hablarían.

Hastag solo los vigilaba, de acuerdo a las órdenes de su caudillo, Ungargul, la Garra Parda. El líder de la horda que comandaba a varias tribus: Huesos Blancos, Pellejos Grises y Cuchillas Serradas.

Aun siendo hábil y de los mejores batidores de quien su líder podía disponer, estaba seguro que aquellos montaraces conocían de su vigilancia. Ya, en varias ocasiones, apercibiéndose entre su grupo, miraron en la dirección en que se encontraba, para luego olvidarlo y proseguir con su camino.

Parecían incansables y Hastag sentía cierto orgullo por tener a tan bravos enemigos. No eran gente que desdeñaran la lucha, aunque nunca ansiaban buscarla, tan solo defendían sus vidas y a quien su incomprendible código de honor tuviera bajo amparo, si se veían obligados a ello. Gentes extrañas, esos individuos que con sus talentos no dudaba podrían dominar naciones. El placer de ejercitar el poder, de infundir el temor que otros seres pudieran sentir ante la presencia de alguien superior. No hacerlo era desperdiciar su valía, una verdadera lástima.

Sí Hastag dispusiera de la oportunidad de desplegar tales cualidades, el mundo sería suyo. Sacudió su cabeza consciente de la falsedad de su pensamiento. Esos humanos eran tan

mortales como él. Se les podía matar, aunque no fuera fácil. Había quien los superaba, alguien mucho más poderoso que una fuerza de montaraces. Mucho más grande que el propio reino de Gondor. Dudaba que nadie, nacido o por nacer en la Tierra Media, pudiera oponerse y aunque habitaba lejos, su influencia llegaba hasta sus tierras y otras más distantes.

Ungargul era un necio, dedujo el variag, no pensaba con claridad cuando accedió a un encuentro pacífico. Su líder era débil, se estaba haciendo viejo y parecía haber perdido el gusto por la sangre y la lucha. Ya no eran su primera prioridad, se dedicaba más al pastoreo, a mantener sus posesiones sin ambición alguna, que a prodigar la antigua tradición del combate y el enfrentamiento que en un tiempo los hizo grandes.

El cercano Harad siempre estaba vigilante con los indecisos. Aurigas y montañeses también estaban atentos ante las actitudes vacilantes. La propia Sombra y sus sirvientes, entre quienes se encontraban orcos y trasgos, junto a otras criaturas mucho más temibles, no tardarían en saber del encuentro y ello podía significar la total pérdida de su libertad. Acabarían convirtiéndose en esclavos en su propia tierra, con sus mujeres e hijas violadas, con los vástagos bajo el yugo del látigo y todo hombre bajo el tormento de lo que fueron y habían perdido.

El guerrero desechó esa idea. Por insólita que fuera, Ungargul no estaba tan loco como para treguas ni miramientos con los montaraces. Tal vez venían dispuestos a pagar tributos con el fin de evitar posibles incursiones de los variags. Eso sería una buena noticia, el reconocimiento al miedo que un ataque del profundo Khand penetrara por entre sus débiles defensas. ¿Acaso Gondor ya no era tan poderoso? Sus disminuidos ejércitos ya no podían hacer frente a las siempre dispuestas hordas variags. Si se aliaban con los haradrim y demás fieles al Oscuro, podrían atacar incluso el propio corazón de Gondor, sitiando Minas Tirith y derribando dicho reino. Sería un botín fabuloso.

Los montaraces volvieron a mirar en dirección suya, Hastag se ocultó en la ondulante colina y pensó que podía haber sido mala idea acercarse tanto. Esperó un momento, desplazándose a la mayor velocidad que sus ágiles piernas le permitían, hasta alcanzar otro punto desde el que consideró sitio seguro para seguir sus observaciones. Cuando quiso encontrarlos de nuevo habían desaparecido.

Un filo le acarició el cuello de forma inesperada. Se quedó tenso, a la espera de que le rebanara el gáznate y todo terminase. La oscuridad lo atraparía para siempre y el olvido de la muerte le alcanzaría.

—Gírate con calma —dijo la voz que, con toda seguridad, portaba la daga que lo había cogido con la guardia baja. Tenía el acento de los norteños. Se giró, para encararse a su captor y mirarle al rostro. No se equivocó, poseía el gesto duro, aunque noble, de los esquivos montaraces.

—No nos gusta que unos ojos extraños nos sigan, por ello vendrás con nosotros a partir de ahora. ¿Cuál es tu nombre?

—Hastag, hijo de Anriang Cola Crestada.

—Yo soy Talmarad, Erbatan —dijo al señalar a su compañero a la derecha—, y el más feo de los tres, Thorongil —dirigió su mirada a otro hombre que guardaba los caballos, incluido

el del variag, que lo miró con un gesto sereno a pesar del chascarrillo del locuaz montaraz—. Veo que conoces bien la lengua común, así que serás nuestro intérprete ante tu jefe.

—Mi señor no necesita de mi ayuda, conoce vuestra lengua. Casi todos la conocemos.

—Tanto mejor, aun así, nos acompañarás. Nos gusta disponer de nuestro propio guía local.

Talmarad no estaba dispuesto a perderle de vista y tendió la mano para ayudarle a incorporarse, mientras retiraba su cuchillo de la garganta. Hastag no la aceptó, levantándose por sus propios medios.

—Deberías quitarte esa máscara que cubre tu rostro. Deseo verte la cara —dijo el montaraz. El Variag llevaba una con un gesto rabioso que tan solo permitía ver sus coléricos ojos.

—Forma parte de nuestra tradición portarla. Un extranjero no me dirá lo que debo o no hacer con mi indumentaria —contestó Hastag.

—Te la arrancare con... —Talmarad avanzó hacia él.

—Déjalo. —Una voz autoritaria interrumpió su propósito—. No importa si la lleva o deja de llevarla. Sí haces una estupidez lo pagarás con tu vida. ¿Acaso tu señor Ungargul no nos ha dado su palabra? —habló Thorongil dirigiéndose hacia el variag.

—Su palabra sigue vigente. Mi señor os espera —contestó con voz templada.

—Entonces no dilatemos más el encuentro. ¿Tú campamento está cerca? —intervino Erbatan con el consentimiento de sus compañeros.

—A tres horas de aquí. Yo os guiaré —Hastag quería asegurarse de que los montaraces no se desviaban de su camino. Podrían enfrentarse a problemas que no serían del agrado de su líder y a él le costaría la cabeza.

Recorrieron el camino hasta el gigantesco campamento variag, donde variados rebaños lo circuncidaban, vigilados por hombres de tez clara en su mayoría. Algunas mujeres los miraron con curiosidad, intentaron acercarse hasta ellos, pero Hastag lo evitó, interponiéndose en su camino y amenazándolas.

—¿Por qué no dejas que se acerquen? —dijo Erbatan.

—Son ramera y tan solo quieren vuestro dinero. Sí queréis estar con ellas será después de ver a mi señor. No tenemos por costumbre si no es hasta el final de un trato.

Erbatan miró a sus compañeros, consciente de la situación que se les planteaba, mientras una de las mujeres guiñaba provocativa uno de sus maquillados ojos.

—¡Largaos u os despedazo! —gritó Hastag, esgrimiendo una hachuela con gesto agresivo.

Las prostitutas retrocedieron asustadas y su pequeña reunión se disolvió, volviendo presurosas a sus respectivas tiendas. El variag, satisfecho por el cumplimiento de sus órdenes, recogió su arma y prosiguió su camino. Observó que los montaraces habían puesto sus manos

sobre sus espadas. Si estaban tan dispuestos a morir por unas mujeres como aquellas le hizo dudar a Hastag de la cordura de quienes le acompañaban. La vida de esas desgraciadas no valía nada y no merecía morir por ellas. Con una mueca de desprecio, oculta por su máscara, hizo caso omiso de la amenaza y prosiguieron su camino.

Se cruzaron con varios grupos de guerreros, muchos de ellos cubiertos con máscaras parecidas a las que Hastag portaba. Los demás miraban con gestos hoscos y sonrisas mordaces. Los hombres del norte los ignoraron hasta llegar a una tienda que destacaba sobre todas las demás.

De un color terroso, se elevaba majestuosa entre el resto, proclama fiel de quien moraba en su interior. Los guardianes, reconocidos los visitantes, permitieron el acceso de los extranjeros a su interior sin más dilación. Hastag se quedó fuera, vigilante de las monturas hasta que volvieran a salir, pues carecía de permiso para traspasar la entrada.

Los tres montaraces se encontraron ante un despliegue de lujo inesperado. Amplios cojines y suelos adornados con extraordinarias alfombras de tierras lejanas. Olores perfumados, intensos, llenaban dicho lugar, haciéndolo agobiante para aquellos hombres adaptados a la dura condición de la vida al aire libre.

Allí los esperaban, un hombre de gran tamaño con anchos hombros, junto a una mujer joven de rostro agraciado y una larga trenza rubia adornada con anillos de oro, quien reposaba junto al líder en una postura relajada. Ungargul tenía el pelo rojo, como su barba, con unos ojos, duros y vigilantes, dignos de quien posee el poder y lo ejercita, hizo una señal a los recién llegados para que se acomodaran. La mujer no parecía tener mayor interés en aquellos hombres y los ignoraba mientras comía con calma de las viandas dispuestas.

—Sed bienvenidos. Ungargul, amo de las tres tribus, os da la bienvenida —dijo otro hombre, un maestro de ceremonias que se encontraba apartado del señor principal—. Soy Murguz, chambelán de la Garra Parda, a vuestro servicio.

—Yo soy Talmarad, mis compañeros son Erbatan y Thorongil, montaraces del norte.

La mujer alzó la vista de la comida y se quedó mirando a los invitados. Tenía unos ojos grandes, intensos, azules igual que un día de verano sin nube alguna, que horadaban adonde se dirigían como si fueran un ardiente hielo.

—!Thorongil! He oído hablar de un montaraz llamado así. Un hombre audaz, que se atrevió a dirigir un ataque de gran fortuna. Destruir una flota de Umbar no es algo desdeñable —dijo mientras mostraba una fría sonrisa.

—¿Quién sois? No nos han presentado. —El montaraz aludido la miró con extrañeza, a ella y luego a Murguz, quién parecía nervioso por esa interrupción.

—No me está permitido hablar. Es la ley de mi gente, es tabú —contestó el chambelán.

La mujer miró a Murguz con aire despectivo, parecía no importarle lo que opinaran los demás sobre ella y mantuvo su gesto sereno.

—Soy Dlagmar, sacerdotisa de Khand. Estoy a requerimiento de la Garra Parda, como mera observadora de vuestras intenciones.

—¡Una hechicera oscura! —dijo Erbatan, removiéndose en los cojines y mostrando su disgusto por la injerencia de aquella mujer.

—Soy lo que soy, además de guerrera y la mejor amazona de Khand. Te mataría sin dudar si no contarás con la protección del señor de las tres tribus y no tengo razón alguna para dar explicaciones a un extranjero, aunque también me encuentro bajo la hospitalidad del gran Ungargul y me atengo a sus reglas. —Dirigió su mirada al hombre que había mencionado e inclinó su cabeza—. Tan solo sentía curiosidad, y me ha sido satisfecha. Por ello, ruego excuséis mi presencia para que podáis hablar en paz. Mi señor —habló inclinando otra vez su bello cuello.

Puesta de pie era tan alta como el mayor de los montaraces y a pesar de su ostentosa feminidad, sus movimientos felinos hablaban de ella como alguien con potentes reflejos. Dirigió una última mirada a Thorongil, para marcharse después. Los ojos de los asistentes se posaron en la insinuante cadencia de sus caderas que ninguno pudo ignorar.

El tenso ambiente provocado por su salida se desvaneció junto a ella. Murguz respiró con honda resignación y se colocó al lado de su líder, evitando ponerse en aquellos cojines donde había reposado Dlagmar.

—¿Habláis en nombre de Gondor? ¿De todo Gondor? —preguntó Ungargul.

—Así es, Ecthelion II, senescal de Gondor, nos ha autorizado a ello. Tenemos libertad para acordar cuanto sea necesario y en las condiciones que estimemos pertinentes —dijo Talmarad.

—Escucharé vuestras propuestas.

—Un principio de acuerdo para el libre tránsito de personas y mercancías entre ambas naciones, el establecimiento de relaciones entre Gondor y Khand, más un tratado de defensa ante posibles agresiones externas a una de las partes. En este documento se encuentran los detalles pertinentes —Erbatan fue quien habló en esta ocasión, hizo ademán de querer entregárselo al líder pero el chambelán se interpuso entre ellos, recogéndolo con una estudiada cortesía.

—Es interesante, pero tengo mis manos atadas —Ungargul miró a Murguz.

—Mi señor se refiere a que debe consultar antes los términos de este tratado. Alguien por encima de la Garra Parda que decidirá su conclusión —aclaró el chambelán ante la mirada de los otros hombres.

Los montaraces no pudieron ocultar su sorpresa. Siempre habían creído que el poderoso Ungargul era la fuerza predominante en las tierras de Khand y no le debía vasallaje a nadie. Había otras tribus en esas tierras, pero nadie tenía el poder ni el carisma que aquel hombre demostraba y aceptaban una sumisión incuestionable. Los tres temieron que pudiera haberse aliado con la renaciente fuerza bajo la cual, orcos y trasgos, más otras criaturas, parecían rendir cuentas. Pero aquello no tenía sentido, salvo que se tratara de una trampa, aunque la muerte de tres montaraces no cambiaría en gran cosa el inestable equilibrio que aún perduraba en aquella parte del mundo.

—¿Y a quién debéis pedir consejo? —preguntó Thorongil.

Ungargul no parecía dispuesto a desvelar ese secreto y Murguz, fiel a su señor, tampoco lo estaba.

—Permaneceréis en vuestra tienda hasta que tengamos una respuesta. Mi chambelán os llevará hasta ella, allí gozareis de cuantas comodidades os corresponden como nuestros invitados.

La Garra Parda se levantó de los cojines, era muy alto y su mirada sin sentimiento alguno, calculadora, observó a los tres hombres que se incorporaban de sus cómodos asientos y se marchaban tras Murguz. No tenía duda del resultado de una lucha personal contra los montaraces llamados Talmarad y Erbatan, pero ese Thorongil era diferente. Poseía una seguridad que los otros carecían. Sería sin duda una lucha interesante.

Hastag seguía esperando, bajo su máscara no se apreciaba el gesto de disgusto por ver a los montaraces de nuevo. Murguz le dijo que los siguiera y el variag obedeció sumiso, más con un paso pesado que dejaba entrever el poco agrado que sentía por aquellos invitados.

El chambelán se detuvo tras un rato zigzagueando entre las múltiples tiendas del campamento. Aquello parecía un laberinto, pero los hombres del norte se guiaban por sus propios sentidos y estaban seguros de sortear aquel entramado si fuera necesario.

Cuando estuvieron a punto de entrar en aquella que prometía darles descanso, descubrieron que Dlagmar los estaba esperando. Murguz le hizo una reverencia que la sacerdotisa no correspondió, no lo tomó como una ofensa y el chambelán dejó a los montaraces sin mirar atrás, mientras ordenaba al variag que los acompañaba dejar los caballos atados a uno de los postes de la tienda. Hastag odiaba a esa mujer tanto como la temía y fue el primer sorprendido por conocer que la poderosa hechicera se encontraba en su campamento. Ahora podía comprender la debilidad de Ungargul, y por tanto, la propia debilidad del pueblo variag.

—Deseo hablar con Thorongil. A solas —dijo la mujer con voz penetrante, tanto como sus acerados ojos azules.

—Esperadme dentro —habló Thorongil, consciente de que sus acompañantes nunca obedecerían las instrucciones de la hechicera.

Los compañeros del montaraz lo miraron con cierta aprensión, pero este hizo un gesto que no dejaba lugar de sus intenciones. Los hombres asintieron y se fueron, quedando uno frente al otro. No había guardias, ni nadie de Khand en los alrededores. Tan solo ellos dos.

—Demos un paseo. Me gustaría enseñarte como vivimos. —La sacerdotisa empezó a caminar y el hombre se situó a su lado, vigilante a su alrededor. En realidad ya había visto cuanto pudiera interesarle de aquel lugar, siguiéndola por pura gentileza.

—Nadie te hará daño a mi lado. Puedes relajarte —dijo Dlagmar.

—Ir al lado de la verdadera señora de Khand me lo impide —contestó el montaraz.

La mujer estuvo a punto de detenerse, pero esbozó una sonrisa, mucho más cálida que sus ojos, reanudando su marcha con calma.

—Eres observador. Las tribus de Khand me temen, pero nadie habla de mí, salvo cuando necesito que cumplan mis órdenes. Ser una mujer con mando, entre hombres de arraigadas tradiciones, les provoca cierto recelo. Saben que sería una necedad oponérseme, pues son esclavos de sus propias leyes. Soy mucho más rápida, ágil y fuerte que cualquiera de ellos, además de tener un corazón de líder que ninguno igualaría. Reconocer que lo soy, sería lo mismo que decir ante los demás pueblos de la Tierra Media que son menos hombres y habían perdido su hombría. Lo cual es absurdo, pues nada les he quitado que ya no tuvieran —expuso con un ligero rictus de disgusto—. Me gusta la bravura en un hombre, que además sea inteligente es algo mucho más digno de admiración —dijo mirando a Thorongil.

—Gracias por vuestro halago, Ungargul nunca consentiría que nadie permaneciera a su lado en una actitud tan relajada. A no ser que su posición fuera mayor que el propio Garra Parda. ¿Qué es lo que pretendéis?

—¿Conocéis nuestra historia? La historia de los hijos de Khand —dijo, tras quedar satisfecha de esa explicación.

—Algo sé. Sois exiliados del norte...

—Antes cultivábamos nuestras bellas y fértiles tierras, teníamos amplios rebaños de ganado de múltiples variedades y nuestros excedentes nos permitían prósperos intercambios. Todo ello acabó, cuando fuimos echados, desterrados, arrojados por tu querido Gondor a estos páramos que ahora llamamos nuestro hogar. ¿Sabías que estamos emparentados con los éothéod?

—Vuestro aspecto así lo delata.

La mayoría de los habitantes que vio en el campamento eran gentes de tez clara, rubias y pelirrojas, aunque también abundaban los cabellos oscuros, pero seguían siendo de una piel mucho más pálida que las de otros pueblos de alrededor, como Harad o Rhûn.

—Se cuenta una historia entre nuestra gente que dice que, en tiempos de Minalcar, nos fueron arrebatadas nuestras casas y tierras, obligados a emigrar. Fuimos tratados con menosprecio. Nosotros, en cuyas leyendas relatan que podíamos ser descendientes de quienes fueron los antiguos señores de Numenor. Una tierra bendecida ahora olvidada, cuyo único recuerdo recae en nostálgicos cantos y cuentos. En la miseria de nuestra derrota se cebaron los enemigos, y cuanto pudimos conservar lo perdimos en esos tiempos aciagos. Fuimos esclavos, pero la libertad volvió y nuestros pasos nos trajeron hasta aquí. Aquí recuperamos nuestra identidad. Aquí nos hicimos fuertes. Ahora somos el pueblo de Khand, de nuestro pasado ya nada queda, salvo unas pocas canciones. ¿Se nos permitiría volver a nuestra verdadera tierra?

—Traicionasteis a Gondor, os aliasteis con el señor de Angmar, pero se perdonaron vuestras vidas. No soy quien para anular aquel dictado.

—Sí, se nos perdonó. A una vida de exilio y al amargo recuerdo de cuanto no tendremos, pero hubiera sido mejor la muerte. En nosotros perdura el odio, el rencor por una revancha. Por devolver el mal que se nos hizo en su justa medida. Hemos aprendido a amar la guerra y el combate. Y la piedad no es sino un sinónimo de debilidad que nunca demostraremos.

—Buscar la muerte es una vana huida y la venganza no es el mejor camino para encontrar el sosiego y la justicia por la que tanto clamáis. Ni la guerra os devolverá glorias pasadas, ni vuestra falta de piedad os hará mejores.

—¿Acaso Gondor ya no guerrea y teme la muerte? ¿Acaso los eorlingas no acudirán, como perros falderos, a la llamada de sus amos, porque ahora son unos cobardes? No me engañarás diciéndome que vuestros señores no guerrearón para dominar otras tierras. No soy estúpida. Conocéis tan poco de la piedad como nosotros y carecéis de cualquier sentido de la justicia.

Thorongil se detuvo sin dar una contestación. Dlagmar también lo hizo, una lumbre lejana trasparentaba sus largas y bien torneadas piernas. Se giró hacia su acompañante, acercándose hasta él.

—No he llegado a ser quien soy siendo una dulce cordera. Aquí hay que enseñar los dientes, y afilarlos de forma constante, tan agudos que nadie se atreva al mordisco de mi dentadura. Temo que Gondor haya perdido los suyos y tenga la boca desdentada, con muchos de sus dientes rotos y desgastados, su aliento podrido y el apetito perdido para masticar. Necesita dientes nuevos, los nuestros.

—Gondor aún conserva sus dientes en buen estado. No necesita enseñarlos. ¿Por qué deseas volver a esas tierras? Tú no las conociste, tan solo sabes de ellas por cuantas tradiciones conservasteis. No puedes sentir nostalgia por algo que ni siquiera tus padres, ni sus padres supieron.

—A mis padres no llegué a conocerlos. La vida en Khand es inclemente y así fue mi enseñanza. Tuve que aferrarme a una creencia, a algo en lo que poner mi empeño, además de sobrevivir. ¿Acaso un montaraz no tiene anhelos? Dudo que nadie carezca de dicha carga ¿El senescal de Gondor admitiría nuestro regreso?

—El senescal tiene muchas potestades, pero lo que me pides excede sus atribuciones. Por cuanto deduzco Ungargul nunca ha deseado una tregua con nosotros, sino la ignorada sacerdotisa de Khand es quien ha querido este encuentro. Quien se propone a ofrecerme algo para lo que el tratado no está preparado.

—Es una lástima que en estas tierras no se halle alguien con tu perspicacia. —La mujer se le acercó tanto que pensó que estaba a punto de besarle, pero sus ojos perdieron el contacto al fijarlos en algo que llamó su atención—. Me gusta ese broche con el que sujetas tu capa. ¿Me lo darías como seña de buena voluntad entre Khand y Gondor?

Thorongil lo miró, tocándolo con un afecto que no escapó a los inquisitivos ojos de la variag. Era una estrella, un símbolo que los montaraces portaban y con el cual se reconocían.

—No puedo dártelo, pero te puedo hacer un regalo que, como guerrera, apreciarás en mayor estima. —El montaraz buscó en su cinto y sacó una hermosa daga tendiéndola a la mujer para asirla por la empuñadura.

Dlagmar la cogió con delicadeza e hizo girar, entre sus manos y en el aire, con la maestría de quien dominaba el uso de las armas. Una fugaz sonrisa apareció en su rostro, agradecida por ese regalo que le congratulaba. La guardó encajada en el cinto dorado que

rodeaba su talle, demostrando unos rápidos reflejos que la convertían en una adversaria a tener en cuenta.

—Es maravillosa. Bien equilibrada y una obra de arte. Yo también tengo algo para ti. Un regalo muy especial.

Cogió la mano del hombre y depositó un pequeño objeto en ella. Las delgadas, pero fuertes y largas manos de Dlagmar acariciaron su piel por un instante, luego se retiraron, como si fueran las tímidas manos de una doncella que recelaba de sus propios impulsos.

—Preséntala ante cualquier variag. Significa que quien la porta, es, por derecho, recibido en nuestras tierras y no tratado como invitado, sino como igual. Ese es mi regalo —dijo la mujer, apartándose de él. Era una figura de madera que Thorongil estudió por un breve momento, guardándola en una pequeña bolsa que llevaba al costado y mostrando su agradecimiento con una breve inclinación de su cabeza.

Dlagmar caminó a su alrededor, sin dejar de mirarle por un instante, con una enigmática sonrisa en sus labios. Llevaba una tela vaporosa que no ocultaba sus contornos. Un cuerpo armonioso, musculado y ágil, que se movía con la desenvoltura de su sensual portadora. A diferencia de su primer encuentro en la tienda, ahora llevaba suelta la cabellera rubia, en pequeñas trenzas que terminaban en anillas de oro y caían como una cascada salvaje por sus perfectos hombros.

—Yo puedo saber muchas cosas —continuó—. Tu verdadero nombre no es Thorongil, y el de quien ocupa tus pensamientos empieza por Ar, como tú, aunque te muestras reticente a mostrarme más sobre ambos. Sé que eres poderoso, tu linaje no ha perdido la fuerza que antaño tuvieron los hombres. Lo siento envolviéndote. Y esa mujer por la que sientes tal pasión también es alguien singular. —Dlagmar lo atravesó con sus intensos ojos azules—. ¡Podría ser una elfa! —exclamó con cierta sorpresa—. Es desconcertante que alguien como tú desee algo tan frío y distante como los de su raza. Sí estuvieras conmigo sería mucho más entregada que tu insulsa amada, una mala elección para un encuentro amoroso. Son un pueblo marchito que no tiene nada que ofrecerte. Yo podría darte hijos sanos, fuertes y valerosos. Los variags de Khand escuchan mis palabras, los tendrías a tus pies, si me eligieras. Y nunca conocerás un fuego como el mío.

—No dudo que me quemaría en sus brasas. Haces uso de poderes peligrosos que no conocen de lealtades ni promesas.

—Utilizo lo que tengo a mi alcance. Es lícito si ello tiene un fin.

—¿Me utilizarías a mi también? —preguntó Thorongil sosteniendo su mirada.

—Sería una unión muy beneficiosa para ambos. Tú obtendrías esa ansiada paz con los pueblos de Khand, que serían fieles a Gondor. Yo tendría al mejor de los hombres, valiente, inteligente y reflexivo, e hijos que lo perpetuaran. Podrían incluso llegar a ser reyes.

—Mucho ambicionas de un simple montaraz. Soy un hombre sencillo sin mayores pretensiones.

—No me subestimes, no cometas el mismo error que otros. Mis visiones me indicaron que entre los montaraces habría alguien de gran valía. No me fue difícil distinguir cual de los

tres era de quien me hablaban, eres como una tea luminosa en la más oscura de las noches. El mundo nos pertenecería, líder de montaraces.

—No deseo el mundo. Solo quiero que exista paz entre sus pueblos.

—A mi lado podrías lograrlo.

—Da igual cual fuera nuestro destino, no habría amor entre nosotros y eso nos destruiría.

—!Amor! Yo te propongo una alianza que garantiza tu objetivo y me das esa vana respuesta. Sería tu fiel compañera en la batalla y podría darte tanto gozo en el lecho que esa palabra carecería de significado.

—Para mí no deja de tenerlo —contestó Thorongil.

—El poder es el verdadero motor de la vida. Lo he aprendido en duras lecciones y soy una buena maestra ejercitándolo. Ungargul me advirtió sobre ti, he sido una necia. Sobre vosotros los montaraces se cuentan muchas historias, os creéis por encima de los demás pueblos. No sois mejores que el pueblo de Khand.

—Nunca he afirmado nada parecido.

—Tus palabras así me lo aseguran —Dlagmar se dio la vuelta, presta para marcharse, pero se detuvo y volvió de nuevo. Lo abrazó por el cuello y le dio su más apasionado beso, al que Thorongil no respondió. Se separó otra vez, sin dejar de rodearle con sus brazos y, por un momento, aquellos ojos duros, fríos como témpanos, parecieron cálidos y llenos de vida.

—Esto es para que recuerdes lo que has perdido con tu insensatez. Y aún podrías recuperar. Te doy una nueva oportunidad. Hazme tuya, olvida a tu idolatrada elfa y caminemos juntos en una misma dirección.

—He de ser fiel a mis principios —contestó apartando los brazos de la mujer alrededor de su cuello.

—Y yo a los míos. Nunca he dado una segunda oportunidad a nadie, salvo a ti. De cuanto haya de acontecer ahora, serás el único responsable. Adiós, montaraz —dijo con sus ojos helados, cubiertos por una mezcla de ira y amargura, para marcharse a continuación con los pasos duros de una guerrera que no le debía nada.

—Adiós, Dlagmar —contestó el montaraz en voz baja.

La mujer se dirigió a la tienda principal, los guardias no se atrevieron a darle el alto para anunciar su llegada y traspasó el umbral sin que nadie la detuviera. Ungargul la esperaba en silencio, le hizo una señal para que se acomodará a su lado.

—Es tal como me dijiste. Solo vive para sus fatuos principios —habló la mujer con un tono carente de toda emoción.

—Me sorprende que la cautivadora Dlagmar no lo sometiera.

—Un hombre de su carisma no puede someterse. A ese tipo de individuos, o los sigues, o los matas —dijo con una irascible mirada.

—¿Y cuál es la opción de nuestra sacerdotisa?

La Garra Parda la observó por un momento, no necesitó insistir en su pregunta. Los gélidos ojos de Dlagmar contestaron por ella.

—¿Y en cuanto a mi anterior propuesta? —Ungargul se movió inquieto en su asiento formado por varios cojines.

—Dile a tu primogénito que seré su esposa. Aportaré a las tres tribus mi poder y mi sangre. —La hechicera se levantó con docilidad, mientras inclinaba su cabeza en un gesto de respeto al padre de su futuro marido. Él también se inclinó ante quien regía la vida de los habitantes de Khand.

—Los esponsales serán esta misma noche. ¿Qué quieres a cambio del honor de convertirte en mi hija?

—La cabeza de nuestros enemigos —contestó con una apasionada voz.

Ungargul asintió. No había duda sobre una mejor esposa para su hijo.

Dlagmar se dirigió a su tienda, debía prepararse para el connubio, pero antes hizo llamar a una de sus criadas. La esclava, una mujer de las tierras de Rhûn, a quien había enseñado la lengua común, se inclinó temerosa ante su dueña.

—Quiero que entregues un mensaje a Thorongil, o a uno de los otros montaraces que le acompañan, en la mayor discreción. Advérteles que deben marcharse de inmediato, en silencio y sin despedirse de nadie. ¿Recordarás mi mensaje? Tu vida va en ello.

—Lo recuerdo, mi ama. Pero... ¿y si no confían en mis palabras?

—Entonces lo lamentarás. ¿A qué aguardas? —Dlagmar le hizo una seña furiosa para que se marchara—. ¡Espera! —gritó con fuerza, en su mente se cruzó el momento en que el montaraz la había rechazado.

—He cambiado de idea, vuelve a tu trabajo. Su destino se cumplirá de todos modos.

La mujer asintió, dispuesta a continuar con sus tareas. Al pasar al lado de la hechicera la agarró por una de las muñecas. La esclava se detuvo como si fuera de piedra.

—Si me traicionas, contando a alguien mis anteriores intenciones, más te vale morir a continuación. Sabes de cuanto soy capaz cuanto me enfadan —dijo la hechicera con una voz susurrante. Las hijas de esa esclava también le pertenecían y mataría a su familia de la forma más espantosa que estuviera a su alcance.

La mujer de Rhûn desapareció temblorosa por uno de los accesos de la tienda, mientras Dlagmar se sumía entre las sombras con que se cubrió con un sutil hechizo.

Los tres haradrim estaban terminando su cena, también eran invitados de Ungargul, pero permanecían apartados y con la indicación de no salir de sus aposentos para evitar encontrarse con los montaraces. Habían venido para requerir que Khand se uniera a las fuerzas que el gran señor de Mordor estaba reuniendo, pero el jefe de las tres tribus les había dado largas y los mantenía en ese lugar sin permitirles moverse. Temían que si la otra negociación tenía éxito, los haradrim serían hombres muertos y ese mismo temor los hacía estar intranquilos y vigilantes.

Sintieron una presencia al mismo tiempo. Una bruma ante ellos que tomaba forma. Un guerrero alto con largos cabellos dorados, armado con una espada y un cinto repleto de pequeñas dagas, se presentó sin hacer ruido alguno. Llevaba el rostro cubierto por una máscara terrible, de feroces gestos que su decorado casco acentuaba.

Los hombres se levantaron desenvainando sus armas, asustados ante aquella inesperada visita.

—Guardad las armas u os mataré si no me obedecéis de inmediato —dijo una voz de mujer tras aquella máscara en la lengua haradrim—. He venido a saber cuánto puede ofrecerme vuestro señor.

La ceremonia fue corta y austera. Días más tarde se celebrarían los correspondientes festejos para que los variags conocieran la buena nueva. Dejaron a la pareja a solas.

—Mi padre ha estado esperando a que finalizara nuestra unión para que obtengas su promesa. Pronto nos traerán lo que tanto ansias en unas hermosas bandejas.

—Yo siempre cumplo mi palabra. Ungargul es famoso por el mismo don. —La hechicera dudaba que eso fuera cierto por parte del caudillo. Ya había roto la palabra dada a los montaraces sobre su propia seguridad en el campamento, aunque fuera ella quien le insinuó el precio que deseaba. Siempre se podía negar y Dlagmar lo hubiera matado al instante. Pero morir con cierta nobleza no era un ideal variag.

—Cierto, ya deben de haber ido a buscarles. Aunque opongan resistencia nada podrán contra la guardia conjunta de las tres tribus.

Alguien entró en la tienda, turbando al hombre con su presencia, mientras la mujer no parecía reflejar emoción alguna. Se trataba de Ingerog, uno de los caudillos de la tribu de los Huesos Blancos quien, acercándose con cautela, cuchicheó en los oídos de Gudrung. En sus ojos se veía el miedo reflejado ante la vigilancia de la mujer.

—¿Estás seguro? ¿Cómo es posible? —gritó sorprendido el marido de la hechicera. El hombre asintió, moviendo sus hombros ante la duda que planteaba aquel misterio.

—Haced todo lo necesario para que se obedezcan las órdenes de Ungargul. O habrá consecuencias —amenazó Gudrung, mirando de soslayo a su esposa. El oficial desapareció raudo de la tienda y volvieron a quedar solos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la hechicera aunque conocía la respuesta.

Su marido se dio cuenta que tocaba de forma constante una daga que portaba en su cinto. Nunca se la había visto y por su elaboración, bien podría ser élfica.

—Los montaraces han huido. No sabemos la dirección que han podido tomar, pero pronto los atraparemos.

“Dudo mucho que os hagáis con ellos en un terreno abierto” pensó Dlagmar. Sería aconsejable deshacerse de la esclava y su familia cuanto antes. La tentación por traicionarla podía ser demasiado fuerte si obtenía la protección del resto de señores variags. Eso podría ponerla en una tensa situación que esperaba evitar.

Su marido se acercó a ella y la abrazó por la cintura. Intentó besarla, pero interpuso sus dedos entre sus labios y lo alejó con delicadeza.

—Escúchame bien pues no lo repetiré de nuevo. Mi cuerpo es tuyo, puedes hacer lo que te plazca con él, pero jamás me beses. No consentiré un beso, de ti ni de nadie. ¿Me has entendido? Si te atreves a contradecirme, te mataré como a un perro. Será una muerte cruel y dolorosa, nada me importa que seas el primogénito del señor de las tres tribus ni mi marido. ¿Has comprendido mis reglas?

Gudrung asintió. Sabía cuan peligrosa podía ser si alguien vulneraba sus prescripciones. Acataría su mandato al pie de la letra.

—Volveré más tarde —advirtió desprendiéndose del abrazo que la retenía.

La hechicera salió de la tienda del hijo del caudillo y se dirigió a la suya. Allí pudo comprobar que la esclava había huido con sus hijas. Sin duda los propios montaraces la habían ayudado, conscientes de la suerte que esperaba a las mujeres si cambiaba de opinión. No pudo por menos que admirarlas por su audacia al desobedecerla, sus habilidades mágicas tenían un límite y no pudo descubrir su intención de escapar y, sobre todo, admiraba la valentía de los extranjeros, capaces de burlar la vigilancia que sobre ellos tenían y asimismo proteger a esas desdichadas. Se encaminó, sola, fuera del campamento, meditabunda. Miró en dirección del norte y sus ojos temblaron con cierta emoción, que por un momento creyó no poder dominar.

—Thorongil, algún día te arrepentirás de no haberme aceptado —dijo con un desdén desafiante al horizonte, mientras su otra mano recorría el contorno de sus labios en un gesto involuntario. Se quedaría allí, hasta el alba, en su propia noche nupcial. Mirando al norte que tanto dolor le había aportado.

Hastag azuzaba a sus hombres por uno de los posibles caminos de huida. Era improbable que aquellos hombres, a pesar de ser montaraces y reconocida su pericia, no fueran encontrados en las extensiones que formaban las tierras de Khand. Les darían caza, llevarían sus cabezas ante la sacerdotisa y con dicha acción, ganarían su favor. Nadie hablaba de ella de forma directa, pues la temían y ese mismo temor, provocaba su respeto y obediencia.

Ingerog los comandaba, enviando patrullas que portaban equipos ligeros, permitiendo una rápida cabalgada que facilitaría avisar a otros grupos si la persecución tenía éxito. La

propia estepa sería una trampa mortal para aquel trío, no tendrían lugar donde poder ocultarse sin ser descubiertos. Sus horas estaban contadas.

El montaraz se asomó por la abertura de la tienda. El exterior estaba tranquilo, con lo cual se decidieron a salir. Habían pasado toda la noche en una tienda y despojado a los inquilinos de sus ropajes y monturas. Iban vestidos de soldados variags, y no eran tres, sino seis, pues estaban junto a la esclava de Rhûn y sus hijas, dos muchachas que podían pasar por hombres de talla menuda, más difíciles de apreciar en un caballo a trote, como si formaran parte de una más de las patrullas que salían a cazar a los huidos. Irían en dirección hacia Ithilien, luego se alejarían para tomar de nuevo un camino al sur para intentar llegar a las inmediaciones del río Harnen y de allí, tenían amigos que les permitirían un tránsito más seguro hasta lugares donde las mujeres pudieran considerarse libres y a salvo. Sería un viaje largo y dificultoso, en tierras hostiles que los montaraces conocían bien. Solo la carga de las esclavas, idea de Thorongil en contra de las opiniones de sus compañeros, podría retrasar su marcha. Cubrieron sus rostros con las agresivas máscaras y emprendieron el camino sin pensar en cuanto dejaban atrás.

La mujer tensó el arco, agarrando la cuerda trenzada de seda que le proporcionaba una excelente elasticidad, ligereza y fortaleza para el disparo que preparaba. Los músculos de su brazo respondieron con la eficacia de una habilidad entrenada en largo tiempo. Los dedos encallecidos, endurecidos por un uso constante, apenas notaron el esfuerzo. Respiró con calma y, en un momento dado, soltó la cuerda.

La flecha salió disparada con una inaudita potencia, clavándose honda en el madero que usaba para su entrenamiento.

—Han escapado, fueron astutos y se vistieron como los nuestros. Ya no podremos darles alcance. —Ingerog se estremeció al ver a Dlagmar arrancar la flecha incrustada con un aparente suave tirón.

No dijo nada ni pareció sorprendida, se limitó a coger su arco como si fuera un cayado haciendo una larga línea en el suelo.

—Tienes diez docenas de pasos, media docena por cada enemigo al que has dado muerte —dijo colocando otra flecha en posición con calma.

El guerrero supo que significaba eso. Tenía ciento veinte pasos antes de disparar el proyectil. Si lograba sobrevivir al disparo desde tamaña distancia, podría volver como si nada hubiera ocurrido. De cualquier otro arquero sería una hazaña imposible, pero siendo la sacerdotisa la responsable de ejecutarlo, se le planteaban serias dudas. Tenía las piernas largas, podía hacer la distancia a superar aún mayor y dificultar su acierto. Empezó a caminar, contando los pasos para calcular donde podría encontrarse cuando se cumpliera el castigo.

Dlagmar contaba también, paso a paso, hasta cumplirse los concedidos como gracia. Los demás señores variags callaban y observaban. Llegado el momento, la mujer alzó el arco

en lo que creía era el ángulo adecuado y disparó, después se volvió, encaminándose de nuevo al campamento sin prestar mayor atención.

Observaron como Ingerog corría por la llanura, empezó a dar pasos indecisos e instantes después, cayó al suelo para no moverse. Uno a uno, los señores variags fueron retornando al campamento sin mirar atrás.

Ingerog no volvería.

Pasaron los años. La Garra Parda Ungargul ya no gobernaba, pues su nuera le había dado muerte en combate personal, en un desafío que las leyes de sus tierras permitían para quien fuera más fuerte ocupara el puesto predominante.

Ahora, la nueva Garra Parda, Gudrung, su marido, pues ella como mujer tenía negado dicho puesto, era el señor de las trece tribus, tras guerrear contra quienes no reconocían su dominio en Khand, siempre llevado de la mano de Dlagmar, la verdadera artífice tras los combates y tratados que permitieron expandir su poder. Murguz seguía siendo el chambelán, pues la tradición permitía heredarlo de anteriores señores, iba tras ellos, en un respetuoso silencio, debido al temor a la ira de la hechicera de quien sabía no tenía su aprecio.

El resto de tribus de aquellos territorios se habían unido en su contra y la batalla era inminente. Formaban un frente compacto, mucho más numeroso que ocupaba las mejores posiciones. Los comandaba Deorog, señor de la horda Hoja Espinosa, un reconocido guerrero que nunca había perdido una lucha, tanto individual como al frente de sus hombres.

La hechicera recorrió la línea de sus tropas, para estudiar con detalle la disposición de ambas fuerzas y los puntos débiles que pudieran presentarse en las dos formaciones. Su marido la seguía en silencio, tras ella, ante la mirada expectante de otros señores variags que le rendían pleitesía.

En un momento dado se detuvo, bajó de su montura y dobló sus rodillas, cayéndose sobre sus propias piernas, encogida. Dlagmar cerró sus ojos y empezó a entonar una letanía en voz baja. Gudrung se apartó, aquellas palabras eran desagradables, chirriantes a sus oídos, hirientes como filos emponzoñados. Era una variante de lengua negra, un vocabulario que en pocas ocasiones había escuchado hablar a su esposa, siempre frases cortas y terribles, maldiciones y horribles presagios las acompañaban. Cuando lo hacía, la belleza natural de la mujer se resentía. Ojeras cubrían su penetrante mirada y el rostro se le volvía duro, cadavérico, como si le absorbiera su propia esencia vital. El cabello perdía su tono dorado y encanecía, sus movimientos se volvían lentos y pesados. El propio aire a su alrededor parecía viciado y denso.

Gudrung no sabía cuando Dlagmar había aprendido tal lenguaje ni utilizar ese poder que tanto terror causaba entre los variags. Su propio pueblo la temía y susurraban su nombre entre las tinieblas de sus tiendas, en voz baja y vigilantes, como si ella pudiera estar observándolos en todo momento y lugar.

Dejo de entonar su canto y se levantó vacilante. Por un instante, su marido creyó que tendría que acudir en su ayuda para que no se desplomara en el suelo.

—Hoy habrá un señor de las treinta tribus. El verdadero dueño de Khand —dijo Dlagmar con una voz ronca que se fue aclarando según hablaba.

—¿Venceremos? —preguntó Gudrung a pesar de la profecía de la hechicera.

Su esposa lo miró con aire ofendido. Tenía el rostro cansado y sus acerados ojos le atravesaron con una mezcla de repudia e ira que estuvo a punto de hacerle retroceder.

—Yo encabezaré el ataque. Tú te encargarás del centro de la batalla —ordenó la mujer.

“Pronto me desharé de ti y no me darás más órdenes. Hoy mismo, aún cuando cuentas con el favor de tu señor oscuro” pensó Gudrung mientras ella se dirigía a ensillar su caballo y prepararse para su salida. Había pactado por su cuenta con Deorog, por medio de Murguz, con quien formaría una coalición en la que ninguno de los dos estaría por encima del otro. Aunque la ambición de la Garra Parda era imponerse si conseguía los apoyos oportunos. Todo podía negociarse.

El enfrentamiento había empezado. La hechicera se dirigió al flanco con un grupo de guerreros, mientras el resto de la fuerzas se encontraban en la llanura central. Gudrung parecía vacilante, no avanzaba con el ímpetu que se le esperaba y quienes le seguían permanecían retenidos, con la expectación de la orden definitiva para asaltar a sus enemigos.

Buscó con su vista a Deorog. Tal como habían acordado se encontraba en primera línea, con el grueso de su coalición también retenida.

Ambos se encontraron en mitad de la llanura. Sus hombres de confianza los acompañaban, Murguz cabalgaba a su lado, dispuestos a sellar el pacto secreto que acabaría con el poder de la sacerdotisa de Khand.

—La hechicera morirá pronto, sí no lo ha hecho ya. Es poderosa, pero sucumbirá ante el peso del número de sus oponentes —afirmó Deorog a su supuesto adversario.

—Siempre la he visto usar su poder, pero nunca sobre más de un par de individuos. Esa es su debilidad —afirmó Murguz, quien había sido el principal artífice de aquel engaño.

—Las trece tribus os lo agradecerán como corresponde. Librarnos de su falso liderazgo es cuanto necesitamos —dijo Gudrung antes de que algo lo arrojará del caballo, cayendo al suelo, sin dar muestras de moverse.

Deorog se puso en guardia. Alguien gritó *“traición”* y los dos grupos se mezclaron para combatir entre ellos. Murguz miraba a su alrededor, con el miedo en sus ojos, sin saber que ocurría. Ninguno de quienes luchaban se dieron cuenta que el propio Deorog también caía sin que nadie lo tocara.

Salvo una flecha que le atravesaba el corazón.

La batalla no progresaba. Tan solo en el sitio donde Dlagmar encontró su lugar. La mujer cargó contra el contingente enemigo, sin miedo y con un arrojado coraje. Se movía con

sorprendente ligereza y cada golpe era una muerte, hasta que se dio cuenta que combatía sola. Los hombres que Gudrung le había entregado como fuerza de choque se retiraron, aislándola entre numerosos adversarios que se lanzaron contra ella. La apuntaron con sus arcos, mientras algunos avanzaban para enfrentarse a su espada y distraerla de ponerse a cubierto.

En sus visiones ya había visto la posibilidad de algo semejante, por lo cual no se sintió sorprendida por el descubrimiento de aquella emboscada y de cuanto pretendía.

Gritó. Una de aquellas palabras brutales y espantosas. El cielo pareció oscurecerse y los caballos relincharon y huyeron, echando a sus jinetes al suelo, quienes atemorizados se pegaron a el mientras gemían como plañideras. Dlagmar levantó su máscara y pronunció otra serie de palabras. Cortas, dolorosas y lacerantes como filos de espadas. Había sido previsora, tapando los oídos de su propia montura, para evitar que sufriera del encantamiento que ahora hacía uso.

Los hombres enloquecieron, atacando a los que tenían a su alrededor. El caos envolvió las filas de los combatientes fieles a Deorog, Los guerreros huían, otros caían víctimas de sus propios compañeros. Aquellos más débiles se habían sumido en un frenesí sangriento y solo se liberaban cuando otros los mataban o nada quedaba ante ellos que pudieran matar.

Liberada de oponentes, Dlagmar armó su arco y lo tensó. No veía a su objetivo, pero eso carecía de importancia. Disparó y la flecha surcó rauda hacia el cielo, perdiéndose en el fragor de aquella enloquecida batalla. Preparó una segunda y apuntó al vacío.

La hechicera estaba cansada. El combate había finalizado y tal como predijo, la victoria era suya. Ese insensato de Gudrung se creyó capaz de traicionarla y tanto él como su adversario, yacían en la planicie sin que sus huesos conocieran de ritual alguno. Las cabezas de cuantos habían urdido la conspiración permanecían ahora clavadas en estacas a lo largo de la planicie. La de Murguz tenía un lugar especial, ella había sido quien la había colocado, después de torturarlo hasta que murió de agotamiento. Prohibió que ningún variag las tocara y nadie discutió su orden. Se pudrirían hasta que solo fueran huesos blancos para recordar a todos el precio por desobedecerla.

El título de Garra Parda era ahora suyo, le pertenecía, pero sabía que no podía utilizarlo pues su condición de mujer le negaba tal derecho. Pensaba que eso era injusto. Nadie, en la larga tradición de su pueblo, lo merecía más que ella. Tampoco lo necesitaba, los demás la temían y respetaban como la sacerdotisa de Khand.

Estaba sola, en su tienda, cuando escupió sangre al suelo. Sentía las encías ardientes como si un hierro candente las abrasara. Pasaría ese efecto, pero cada vez tardaba más en disiparse las consecuencias de utilizar aquellos poderes. Sabía que tenían un precio y estaba dispuesto a pagarlo si alcanzaba sus objetivos.

Un hombre, un extranjero de Harad entró después de que los guardias le permitieran el acceso. La propia hechicera lo había llamado y acudió a la cita pendiente de cuanto tuviera que decirle.

—Informa a Mordor que mi plan de unir a los pueblos de Khand ha concluido con éxito, los variags guerrearán como un único pueblo contra Gondor. Hasta el último hombre cuando así sea requerido —dijo Dlagmar al haradrim.

—Mordor os prometió devolveros las tierras de antaño. Y su promesa no caerá en el olvido.

La mujer miró al mensajero, no le importaban sus palabras. Aunque seguía ambicionando volver a su verdadero hogar, quería demostrar a los demás pueblos que los variags de Khand eran los más fuertes.

—Debéis acudir a las montañas. Al lugar de siempre. Allí os esperan, dentro de quince días —habló el haradrim mientras se retiraba.

Dlagmar supo que significaba aquello. Sí los demás le tenían miedo como la sacerdotisa de Khand, ella sentía ese mismo pavor de quien allí se presentaría.

La mujer miró al horizonte. Estaba sola, al amparo de las Montañas de la Sombra, como otras veces que había acudido a su cita cuando era convocada. Iba con su impedimenta guerrera, espada, dagas y arco, cubierto el rostro con su máscara de gesto feroz, dejado su montura a una distancia suficiente, pues su caballo se asustaría, enloquecería ante aquella presencia por quien no sentía ningún ánimo de ver. Pero su odio feroz a Gondor, a cuanto esa tierra representaba, le permitía soportar ese indecible sufrimiento.

Oyó el batir de alas. Lo conocía bien y sintió estremecerse, manteniéndose firme cerró sus ojos por un instante y dobló su rodilla en muestra de sumisión. El ruido de las alas se detuvo y una sombra negra la cubrió con su presencia.

—Dlagmar, debes mover tus tropas hacia Gondor y unir las a la alianza que avanza contra el corazón de ese reino. Sitiaremos aquella ciudad que tanto ambicionas conquistar. Pronto tendrás tu venganza y volveréis a vuestras tierras. A las tierras que Mordor prometió devolveros.

—Así se hará, mi señor. Siempre he cumplido con mi parte. —Los ojos le ardían al mirar al espectro y los oídos le palpitaban con un penetrante dolor al escuchar la cavernosa voz. Una neblina cubría la forma humana montada en una pesadilla de gran tamaño. Le costaba respirar y sentía un peso aplastante sobre su cuerpo, pero se mantuvo firme y consciente.

—En una ocasión dijiste que podrías dominar a un montaraz y atraerlo hacia ti, a nuestra causa. No fue así.

—Fracasé en ese empeño. Entonces presumí de una fortaleza que descubrí no poseía. Hoy no habría ocurrido y estaría a mis pies. Siempre he sido fiel a mis promesas. Siempre —dijo con un convencimiento que estimaba sincero.

—Te hemos entregado el don de las visiones y enseñado a dominar cuanto otros ambicionan. De las verdaderas palabras de poder. Deseamos que utilices dicho poder para matar al montaraz.

—¿Para matar a Thorongil? Ahora se encuentra fuera de mi alcance.

—Ese es uno de sus nombres, pero no es aquel que le pertenece.

—Sé que empieza por Ar. ¿A quién he de buscar entonces?

—Aragorn. Búscalo en las próximas batallas que han de venir y mávalo. Y todo cuanto quisiste para tu pueblo será realidad.

—Matar a Aragorn será el único propósito de mi existencia —dijo Dlagmar mientras pensaba que su amante elfa sería la segunda muerte más placentera que podría obtener. La haría sufrir, cortando en tiras su delicada piel, despellejándola por negarle lo que le hubiera correspondido, manteniéndola con vida hasta que no pudiera arrancarle una muestra más de dolor. Sintió que iba a desmayarse, a pesar de esa grata visión de un posible futuro, no podría aguantar por mucho más tiempo la presencia espectral.

—Mordor espera. No nos falles. —El poderoso ser se elevó en el aire a lomos de su monstruosa cabalgadura, desapareciendo entre las brumas de las Montañas de la Sombra.

La mujer se derrumbó en el suelo. Sufría de unas potentes arcadas, pero su estómago estaba vacío ya que no era la primera vez que padecía aquel mal e iba preparada. Poco a poco fue recuperando su entereza y logró incorporarse.

El montaraz, aquel cuyo nombre completo se le había revelado, moriría por su espada o arco. Y no habría mayor placer que cumplir con dicha tarea. Con ello satisfaría un anhelado sueño y su pueblo sería libre, las tierras que añoraban volverían a ser suyas y nunca más nadie atrevería a despojarles de su derecho a vivir en su hogar. Nunca más.

—Soy la cólera de los desterrados. La furia de la estepa y el clamor de la vieja tierra que nunca será olvidada. Yo soy el ascua que crepita con su recuerdo. La daga que ansía la vida de quienes nos humillaron. El terror de sus sueños, su permanente pesadilla. No habrá paz, no habrá consuelo, hasta que nuestros ojos no vuelvan a contemplar lo que un día fue nuestro y los de quienes nos lo negaron, sean cerrados para siempre —gritó este juramento al aire, a la propia desolación que la rodeaba y al mundo entero, para que nadie dudara de su determinación.

Campos de Pelennor.

Los tambores de los orcos sonaban en la lejanía, discordantes y monótonos, acompañando el movimiento de las notables fuerzas allí reunidas. Los Trolls se movían lentos, pesados, golpeándose entre ellos cuando tropezaban unos con otros y gruñendo con gestos estúpidos a cuantos se encontraban a su alrededor. Las increpaciones en lengua negra se susurraban entre las diferentes compañías de Morgul y Mordor, mientras el poderoso Gothmog daba órdenes a sus huestes.

Dlagmar miraba impresionada el despliegue de fuerzas que allí se encontraba. Miles y miles de orcos, avanzando a una única llamada; los impresionantes mûmakil se encontraban atrás, con sus torres donde los haradrim asietearían a cualquier inconsciente que se les

acercara, junto con el resto de las fuerzas de Harad, orientales de Rhûn y las tropas que ella comandaba, variags de Khand.

La hechicera creía en una victoria segura. Minas Tirith estaba condenada, pues les había resultado fácil expulsarlos de Osgiliath. Ella había matado a unos cuantos gondorianos que se cruzaron en su camino, el inicio de lo que suponía una carnicería que culminaría en la ciudad asediada.

Estaba ansiosa por romper sus defensas y exterminar a sus habitantes. Sí dispusiera del mando absoluto se lanzaría en un único ataque que los desbordaría y luego, acabaría con cuanto encontrase en su interior. Todos merecían morir, no habría piedad para guerreros, comerciantes o campesinos; ni para mujeres, niños o ancianos. Gondor debía arder hasta los cimientos.

Hastag estaba a su lado. Se había impuesto ante otros, convirtiéndose en su segundo, con la violencia propia con la cual se erigían sus líderes, consciente de que estar cerca de la sacerdotisa de Khand era el paso previo para poder ostentar el título de Garra Parda, que ahora nadie ocupaba, aunque la hechicera lo ejerciera como tal.

Dlagmar no había envejecido, salvo algún cabello blanco que ondeaba como hilo de plata en su dorada cabellera. Sus ojos conservaban la mirada de la juventud, pero eran más glaciales que nunca. Las habilidades guerreras que la hacían tan temible se habían incrementado, como su poder hechicero. Estaba más bella que nunca, pero los hombres no la observaban por su hermosura, sino por el aura de amenaza que desprendían todos sus movimientos.

Su segundo la miró por un instante y ella le dirigió su terrible mirada. Dlagmar soportaba su presencia, a pesar del mutuo desprecio, pues había encomendado toda su atención a una ambición, un único propósito: encontrar al montaraz. No tenía noticias sobre su paradero, salvo que lo habían visto por las Montañas Blancas y sus visiones imprecisas le impedían controlar sus movimientos. Era como si un velo lo cubriese. Alguien o algo lo estaba protegiendo.

Sabían que Gandalf el Blanco se encontraba en la ciudad. Tal vez, el poderoso y temido mago, el único adversario al que la hechicera podía temer, había tejido una red que impedía a los poderes de la Sombra poseer la información que tanto deseaba. Aunque eso, a Dlagmar, no parecía importarle.

Creía conocerlo bien y sospechaba que haría cuanto pudiera para venir en auxilio de la ciudad asediada. Eso significaría su muerte, pues lo buscaría para cazarlo, tal como el Rey Brujo le había encargado hacía tiempo. Estaba segura que aquel hombre que hacía del honor su modo de vida no dejaría a la ciudad desamparada. Tan solo debía ser paciente y deleitarse en ver como Minas Tirith sufría.

Un horrible chillido llamó su atención. Varios nazgûl les sobrevolaron, dirigiéndose hacia la ciudad. Incluso a tanta distancia sobrecogían los corazones, para atenzarlos e invadir de temor, e incluso de locura a aquellos que eran débiles. El Rey Brujo los comandaba y Dlagmar sintió ese mismo estremecimiento que si lo tuviera ante ella. A pesar de todo su odio hacía Gondor, la presencia de esos seres antinaturales le provocaban serias contradicciones.

Por una parte aspiraba a tener su poder, hacer que los hombres se doblegaran ante su presencia, por otra, les repudiaba. Todo gozo, placer por vivir, moría ante tales seres. Ella no podría existir con semejante vacío, con tal carencia por cuanto hacía la vida soportable. Y sin embargo, ambicionaba parecerse.

Cuando los nazgûl se alejaron, su mente dejó de interesarse por ellos, centrándose en cuanto en verdad le importaba: la muerte de Aragorn.

El gigantesco Grond, el ariete que manejaban los trolls, había roto la puerta. Un grito de júbilo recorrió las fuerzas congregadas por el Rey Brujo. La ciudad estaba condenada y se prepararon para el asalto final.

Dlagmar se encontraba demasiado lejos como para poder acceder a la ciudad en las primeras oleadas y, conociendo a las tropas orcas, sabía que poco quedaría cuando llegará a traspasar los muros que pudiera darle satisfacción.

Sonaron unos cuernos y las miradas del ejército del Rey Brujo cambiaron de lugar. Una fuerza de eorlingas había aparecido en el norte y avanzaban contra el grueso de los asaltantes. Cundió el desosiego entre los orcos y cuando ambas fuerzas chocaron, los jinetes recién llegados arrasaron la llanura.

—Los orcos no podrán detenerlos —dijo Hastag, enfurecido por aquella inoportuna interrupción.

—Los mûmakil se encargarán de ellos y él —señaló la mujer hacía el Rey Brujo que descendía a una determinada parte de la batalla—, hará el resto. Avanzaremos tras los haradrim. No quiero prisioneros.

Hastag profirió un grito salvaje y los variags cargaron. La hechicera mataba con un encendido odio en su corazón. No permitiría que tan cerca de la victoria, esta se les escapara, ni volvería a las estepas de Khand con las manos vacías, salvo victoriosa o muerta.

El señor de los eorlingas, tras matar al capitán negro de Harad, había muerto a su vez a manos del Rey Brujo, quien parecía imparable. Entonces, en lo inesperado y pese a todos los pronósticos, el nazgûl fue destruido. Dlagmar quedó estupefacta, aunque una parte de su corazón sintió un sincero alivio, pues una gran oscuridad había sido aniquilada. Eso la confundió, ya que creía su odio tan completo y profundo que toda luz había muerto en ella.

La batalla parecía una vez más perdida. Fue cuando se vislumbraron las velas de los corsarios de Umbar. Con esas fuerzas, el combate se resolvería a favor de las tropas de la Sombra, pero aquellos barcos no llevaban cuanto se esperaba, sino otra carga. Un ejército a favor de Minas Tirith que significaba el fin de toda la lucha.

Dlagmar supo que todo había concluido, indecisa entre dejarse llevar por el frenesí de una última lucha o huir con cuantos variags quedaban, con la esperanza de nuevas batallas donde pudiera obtener cuanto deseaba.

Entonces lo vio. No tenía ninguna duda, aquel hombre que comandaba esas nuevas tropas era Aragorn. Combatía alejado de ella, barriendo a las fuerzas que los acometían.

Luchaba con valentía y coraje, sin un enemigo que pudiera oponérsele y avanzaba. El resto le seguía con una inquebrantable devoción.

Poseía un porte pleno de confianza y serenidad, aún en la lucha. Un aura de nobleza que lo envolvía como un escudo, sus movimientos eran certeros, llevando la muerte a cuantos se enfrentaban a su paso. Por un momento, le pareció que era su propio reflejo. Lo que ella hubiera podido ser de haber nacido en otra tierra y conocido otras vivencias.

Desechó esa visión que la perturbaba. Cogió una flecha, la más ponzoñosa y terrible que pudo encontrar para colocarla en la cuerda de su potente arco. Invocó a los poderes que tantas veces la habían servido y tensó con fuerza. Nada podría salvarle de una muerte segura.

Pero sus dedos se agarrotaron, no le respondían. Quería matarlo y su propia mente se resistía a su requerimiento. Solo necesitaba soltar la cuerda y todo habría acabado. Las tropas de Gondor se vendrían abajo y la Sombra triunfaría. Al fin podría obtener su recompensa. Era tan fácil, tan sencillo.

Una lágrima recorría su mejilla, la notó al posársele en los labios y recordó aquel beso que ella le dio, hacía bastante tiempo, pero que aún se mantenía fresco en su mente. El contacto de sus manos, su mirada sobre ella.

—¡Mátalo! —exclamó Hastag quien miraba a la dubitativa mujer sin comprender como sus recuerdos la paralizaban. Pero la flecha no partía.

El variag armó su arco y consciente de que nunca podría alcanzar a su adversario a la distancia que se encontraban, disparó en una dirección concreta.

Dlagmar sintió como la flecha se hundía en su espalda. Un dolor lacerante que la hizo volverse y disparar a su vez. Falló, por primera vez en su vida, y su proyectil se clavó en el suelo sin causar ningún daño.

—¡Traidora! —Hastag volvió a disparar. La nueva flecha traspasó el costado de la mujer y a punto estuvo de hacerla caer de su caballo, pero logró mantenerse firme para sacar su espada, acortando la distancia entre ellos. De un tajo rompió el arco del variag haciéndole sangrar en el rostro e hiriéndole de gravedad, obligándolo a retroceder y huir fuera de su alcance.

La hechicera sintió como la vida se escapaba por las dos heridas de su cuerpo. Atrapó el asta de cada una de las flechas, rompiéndolas cerca de la punta que se hundía en su cuerpo con el fin de mitigar su sufrimiento, dando un agónico grito. Intentó encontrar de nuevo al montaraz, sin éxito. La batalla empezaba a perder interés y tan solo deseaba bajar del caballo para descansar del tormento que le suponía el trote sobre él.

Los sonidos se atenuaron, su vista empezaba a nublarse y sentía que perdía el control de sus extremidades. Echó pie a tierra y golpeó a su montura para que se alejara. Se sentía culpable, había incumplido su juramento y no conocía una razón cierta para haberlo hecho.

O Tal vez sí, porque se había mentido a si misma durante todo este tiempo, sobre sus verdaderos sentimientos hacía Aragorn. Su sincero odio era hacía esa mujer elfa que, de forma egoísta, no quería compartirlo. Hubiera estado dispuesta a no ser su esposa y degradarse al

humillante rango de segundo plato. Dispuesta a perder el poder, la influencia y a ser odiada por su propia gente. Tan solo por un nuevo beso. Por sentirlo a su lado. Por abrazarlo.

Por su debilidad, por la debilidad de su propia gente, las tierras, sus hogares de antaño, que siempre ambicionaron recuperar, se habían perdido para siempre. Pensó que era un castigo justo y su penitencia sería errar por lugares desconocidos hasta que su pueblo desapareciera de forma miserable. Quiso gritar por la frustración que sentía, pero el terrible dolor que soportaba le arrebató dicha intención.

Estaba muy cansada. Se desprendió de sus armas, le pesaban y molestaban, salvo la daga regalada por la cual sentía un especial cariño. Volvió a escuchar el sonido de los caballos. No eran de los variags, sino de sus enemigos, los eorlingas. Sus antiguos parientes que avanzaban.

Supo que no se detendrían y los cascos de los caballos, la aplastarían. No quiso usar su poder, aún intacto en su mayor parte, desvaneciéndose conforme su ánimo decrecía. Reconoció que la parte de su ser que no había sucumbido a la oscuridad se anclaba en aquellos recuerdos de un amor que nunca le correspondería, aceptando su destino. Asió con fuerza la empuñadura de aquella daga, el objeto que más apreciaba de cuantos poseía, mientras sus mortecinos ojos anunciaban el fin de una vida cuya existencia terminaba.

Y sonrió, una sonrisa cálida, auténtica, contenta por alcanzar una paz que siempre le fue esquiva.

Tiempo después, mesetas de Khand.

La mayor de sus inquietudes.

Aquel individuo, el montaraz, era alguien a quien nunca creyó que volvería a ver. Lo recordaba con claridad, imposible olvidarle, un verdadero líder, en aspecto y principios, cuando tuvo ocasión de conocerlo.

—Busco a Hastag —dijo el hombre, ante la mirada desconcertada de Urgul, uno de los variags supervivientes de la batalla de los Campos de Pelennor, prisionero y luego liberado, cuando la Guerra del Anillo concluyó.

—Eres ese a quien llaman Elessar, rey de Gondor. Y sin embargo, no vistes como tal, sino como uno de los montaraces. Y estás solo.

—Lo soy. No necesito a nadie para lo que he venido a hacer, ni vengo como rey de Gondor.

—Yo soy Urgul, hijo de Lurgalug. Hastag es nuestro líder. No es sensato haber venido aquí, podría matarte y nadie lo sabría nunca.

—¿Por qué no lo haces? Tal como dices, estamos solos.

—Mi conciencia me diría que es un crimen matar a quien no opone resistencia. No soy un asesino, solo un guerrero.

—Urgul, de guerrero a guerrero pues, deseo retar a Hastag.

—No puedes, no eres un variag. No tienes derecho.

Aragorn quiso sacar algo debajo de su capa de montaraz. Urgul tensó su arco con preocupación.

—¿Puedo? —dijo el extranjero.

Urgul asintió pero no dejaba de apuntarle.

Sacó una pequeña figura. Un caballo de madera con incrustaciones de oro. Un antiguo símbolo que el guerrero reconoció.

—¿Quién te dio eso? —preguntó el variag bajando su arco y con ello, la amenaza.

—La sacerdotisa de Khand —respondió con una honda pena.

—Sígueme. Te llevaré ante él y podrás presentar tu reclamación ante el resto de mi gente. Nadie podrá oponerse.

Pasaron dos días hasta llegar al campamento donde Hastag se encontraba. No le permitieron verle hasta el momento del duelo y aunque lo trataban como a un igual, vio en sus miradas recelosas antiguas cuentas pendientes. Urgul entró en su tienda, sentándose a su lado para compartir la última comida antes de la lucha.

—Todo está preparado. Hastag ha elegido el combate con arco y tendrá derecho a disparar la primera flecha, sin ponzoña alguna. Podrás responder cuando él lo haya hecho, siempre de forma indirecta, creando una parábola en su caída. Puedes mover tu pie izquierdo, el derecho ha de quedar clavado en el suelo. Si lo mueves del lugar, nuestros arqueros te darán muerte. Después, podréis dispararos a discreción. La distancia será de setenta pasos y el duelo es a muerte —dijo el variag para informar a Aragorn. En su voz se notaba que algo quedaba pendiente y el extranjero aguardó a escuchar cuanto se callaba.

—Mi gente está preocupada por las posibles reacciones de Gondor. Te ofrecen marcharte sin menoscabo de tu honor —continuó, no sin cierta disconformidad que no ocultaba.

—Sí es Hastag quien me ofrece esa salida, no la acepto. —Aragorn se levantó, cogiendo su arco y el carcaj de flechas.

Urgul asintió con un gesto complaciente. Ambos salieron de la tienda, dirigiéndose a una explanada fuera del campamento. Allí había congregada una gran multitud, expectante ante aquel acontecimiento que nadie quería perderse.

—Sí muero, no debéis temer ninguna represalia por parte de Gondor. Se os dejará en paz y podréis vivir vuestras vidas sin mayores temores —habló Aragorn en voz alta, para que todos le oyeran.

Hastag se encontraba en el otro extremo del campo, a setenta pasos de distancia. Era apreciable, incluso a esa distancia, la cicatriz que marcaba su rostro con una línea ennegrecida, producto del corte con que Dlagmar estuvo a punto de darle muerte. Una señal marcaba el lugar donde ambos se debían colocar mientras, un hombre con dos horquillas grandes, de

metal, las clavó en el suelo para que los contendientes metieran los pies dentro y no pudieran moverse de forma involuntaria. Tres guerreros apuntaban con sus arcos a cada uno, dispuestos también a utilizarlos si se vulneraba el acuerdo del enfrentamiento.

Urgul se separó de la línea de tiro tras comprobar que todo estaba de acuerdo a las ancestrales tradiciones que guiaban a su pueblo y alzando el brazo, se preparó para dar la señal que iniciaría el duelo.

Su brazo descendió. Hastag cogió una flecha de su carcaj y la colocó con calma en el arco, apuntando con un ángulo adecuado. Aragorn también cogió una, pero debía esperar a efectuar el disparo, tal como indicaban las reglas que había aceptado respetar.

El jefe variag disparó. Su contrincante lo hizo un instante después. Las flechas se cruzaron en el aire y empezaron a caer.

Aragorn se apartó, sin soltarse de la horquilla, evitando que le diese y clavando en el suelo. Su flecha tampoco dio en el blanco. Dispararon de nuevo, tan deprisa como pudieron, rozando ambos el cuerpo del contrario, sin causar mayores daños que un corte. Tal como había prometido Urgul, las flechas se hallaban libres de cualquier veneno y no causaban mayor problema, salvo si impactaban en una zona vital.

Hastag se sentía cada vez más incómodo, notaba como cada una de las flechas del gondoriano se cerraba más sobre él y las suyas fallaban. Decidió eliminar su parábola ante el gesto disgustado de Urgul, disparándola horizontal.

La flecha fue en línea recta hasta Aragorn y le habría dado, si no fuera que, en el último momento, la desvió golpeándola con su propio arco.

—¡Alto! —gritó Urgul con voz poderosa—. Tiene derecho a lanzar una flecha en igualdad de condiciones.

Los murmullos entre los variags por el comportamiento de su líder cesaron, prestando su máxima atención a la oportunidad del extranjero. Este cargó su arco de nuevo, tensó la cuerda y apuntó.

El jefe variag miraba intranquilo a cuantos los rodeaban. Incluso sus hombres más fieles no se atrevían a moverse, ni estaban dispuestos a romper la tradición para salvarle. Aragorn siguió apuntándole, y disparó.

El guerrero se movió, liberándose de la horquilla y empezó a correr. No llegó muy lejos. Tres flechas le hicieron caer al suelo y las miradas se volvieron hacia Aragorn. Su flecha había quedado corta y nunca hubiera alcanzado a Hastag. En una respetuosa calma, los congregados se disolvieron, para dejar al superviviente con la compañía de Urgul y otros principales variags.

—Ahora eres el señor de las treinta tribus de Khand —dijo Urgul al hombre que había resultado victorioso en aquel encuentro.

—Entonces, sí soy el señor de Khand delego mi mando en Urgul, nuevo señor de las treinta tribus, con plenos poderes —contestó el rey de Gondor. No dudaba que aquel variag sería un buen gobernante. Demostraba nobleza en sus actos. Alguien en quien su pueblo confiaría.

—La tradición de Khand... —Urgul se quedó indeciso, no existían precedentes en las antiguas leyes que los gobernaban. Los demás variags lo habían escuchado y se mostraban vacilantes.

—La tradición de Khand debe cambiar. Vuestro destierro concluyó, podéis volver a las antiguas tierras que os pertenecieron. Tenéis la palabra del rey de Gondor.

Los ojos recelosos de los variags cambiaron. En algunos incluso brillaban con una emoción que reprimían para evitar las lágrimas. Aragorn montó en su caballo, rodeado de un reverencial silencio, para emprender la vuelta a su hogar.

Había un pequeño túmulo donde se detuvo. Al fondo, la ciudad de Minas Tirith resplandecía con el nuevo sol de la mañana. Bajó del caballo para depositar su mano sobre aquel montículo de tierra endurecida.

Allí se encontraba Dlagmar, la habían reconocido por el puñal que le regaló, y aunque estaba destrozada y fue una feroz enemiga, Aragorn la hizo enterrar en un lugar destacable con su puñal y el broche con la estrella que, tiempos atrás, no pudo darle. Algunos variags capturados habían hablado de los últimos momentos de la hechicera guerrera y su muerte, indicando el lugar donde la recordaban por última vez y la encontraron. La atormentada mujer descansaba de su atribulada existencia, en una tierra que siempre quiso conquistar y que, quién ahora velaba su recuerdo, nunca quiso reconocerla como su adversaria. Se subió de nuevo a su montura y miró hacia la ciudad, de donde una pequeña comitiva con Arwen, su esposa, encabezándola, salía a su encuentro.

—Estamos en casa, Dlagmar. Estamos en casa —dijo con una profunda emoción.